

que el *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft* llegó a ser más conocido bajo el nombre de *Schmollers Jahrbuch*. Cultivó Brentano con predilección en la historia económica de Alemania, el sector del mundo obrero y era, sin duda, entre los universitarios el mejor conocedor de la política social británica, e Inglaterra le despertó simpatías: estuvo muy relacionado con los fabianos y distinguía a los Webb. Su magisterio, iniciado en Berlín (1873) como docente privado, a los 26 años, le elevaría inmediatamente a profesor extraordinario en Breslau y, diez años después (1882) alcanza, en Estrasburgo, plena categoría. El haberle reclamado a su claustro esta universidad, tan cuidada por la administración pública en la selección de maestros, desde la anexión de Alsacia, certifica la autoridad académica de Brentano, a los diez años de vida docente. La atracción de Baviera, su tierra, explica que al cabo de dos lustros, con un entreacto en Viena y Leipzig, aceptara el requerimiento de Munich en 1891.

Asistí con irregularidad a un curso suyo de historia económica universal, en el semestre de verano de 1911. Ante unos quinientos alumnos, cifra muy numerosa en aquellos años, la generalidad del tema y las dimensiones del anfiteatro despertaban menor apatencia que la intimidad de diez o quince personas en torno de cualquier docente privado y por eso, de acuerdo con Brentano, elegí a dos jóvenes de éstos. El nombre de uno lo he olvidado y lo siento mucho. Los cuadernos de clase que había conservado Regino como reliquias desaparecieron, con personas y cosas queridas, hace más de treinta años. Era despierto, celoso y prometedor, pero pronto caería, entre tantos, en la primera gran guerra. Nos hablaba muy bien de teorías del dinero. Cerca del otro, J. M. Bonn, después famoso en Norteamérica, no aprendí menos. Creía él saber mucho de la economía española y, sin duda, se hacía ilusiones. Tenía talento, pero demasiada jactancia.

Estas lecciones de principiantes ansiosos del perfeccionamiento, promotor de ascensos en el profesorado, acreditan a mi juicio el acierto del régimen alemán de provisión de cátedras. Entre los jóvenes destacan los mejor dotados que renuevan el plantel con brotes florecientes, de manera continua, a medida que sustituyen los briosos a los ancianos. Estos corrieron el mismo periplo, les acreditaron sus investigaciones y el ejercicio de la enseñanza en las aulas. La fama adquirida en el yunque, con perseverante aprendizaje, gana solera y la experiencia adiestra a los docentes, pero también —y esto es grave— al cabo de los años «una cátedra con la monotonía de su regularidad cansa a medida que el profesor envejece, mientras que los discípulos se renuevan, y los muchos años mellan la mente y el carácter» (Unamuno). Otro acierto incorpora la corriente migratoria de los profesores alemanes cuando cambian de sede. El ejemplo de los ascensos de Brentano y el de tantísimos universitarios llamados, sucesivamente, por varias universidades, pone de manifiesto que cada una procura encontrar, para sus cátedras vacantes, catedráticos distinguidos ya en otra universidad con su labor inquisitiva y sus lecciones. Mantiene con estímulo la vocación y, a la vez, con el cambio de sede, la tradición de cada *Alma mater* se perpetúa, y se transmite lo peculiar con ganancia, casi siempre, para todos.

Pensando en las ventajas de este método selectivo, fácil de adoptar, si renunciáramos al favoritismo y a la rutina, comencé a sentir angustia ante las estragadoras oposiciones a cátedra, fatales cuando una sola prueba, nunca concluyente, otorga al joven ganador, de una vez y para toda su vida, una prebenda. Muchas serán nuestras capacidades inte-

lectuales —me decía Regino— si, a pesar de la contumacia opositorial, todavía tenemos buenos catedráticos. Lo atestigua el nombre de grandes maestros; varios de estos justifican las siguientes palabras de Unamuno:

La verdadera universidad popular ha sido en España el café, y entre nosotros abundan los autodidactas. No pocas cátedras eran, y en el más generoso sentido, como una tertulia de café donde no pocos alumnos se descubrieron a sí mismos.

Varios profesores conocí en la universidad de Madrid (Canseco y Castillejo) y en la de Sevilla (Ramos y Pedroso), que hablaban y enseñaron a los alumnos como contertulios, y luego veremos en un café a quien, sin ser catedrático (Soltura), derramó chispeante sabiduría. Y Unamuno añade:

Me enseñaron a leer en el más noble y alto sentido de la palabra, y me enseñaron a escribir. Lectores se llamó, en un tiempo, a los catedráticos universitarios —lentes, en Portugal— y sin maestros (lectores) todo laboratorio de investigación será baldío.

Nada despierta la curiosidad y la sed de lectura tanto como la charla de los leyentes, y también afirma Regino —pese a leyendas difundidas— que, en general, nuestra monarquía supo respetar la libertad de enseñanza. Más de un catedrático militó en el partido socialista (Besteiro, Ovejero, Fernando de los Ríos) y no pocos, reinando Alfonso XIII, eran republicanos. Bajo Guillermo II, en Alemania, no creo que se dieran estos ejemplos, ni *mutatis mutandis*, en la república francesa. Como veis, Regino, cuando juzga situaciones ajenas, se desmanda.

Si no en la universidad continuamente, por la razón indicada, en su casa pude escuchar unas cuantas veces a Brentano. Llegó a interesarse en mi porvenir, me recomendaba libros, con insistencia los de Knapp, Lexis y Bücher, y me contó alguna vez, siempre sin hiel y con gracejo, incidencias de su estancia en Estrasburgo (a la que tiene dedicada un librito). Le puse al corriente de mis planes ulteriores y al escuchar que en Berlín me proponía seguir un par de semestres, trazó con humor y donaire semblanzas de algunos colegas cuyas lecciones escucharía Regino.

Más horas que en las aulas consumí en la biblioteca real, ciertamente majestuosa. Antes de haberme asomado a las sesiones privatísimas de cualquier seminario me despertaban ganas de leer sin tasa los tesoros de aquel recinto y me sorprendía la riqueza de sus fondos y la liberalidad de sus servicios.

Fuera del marco universitario no prescindo de señalar algunos de mis ocios. Los días laborables, de sobremesa, después del Mittagessen, en una pensión inmediata al jardín inglés, nos trasladábamos varios de los comensales a un café para charlar un buen rato. De esta manera los extranjeros, predominantes en aquella tertulia, practicábamos el idioma incitados y corregidos por dos alemanes, el Gymnasiallehrer Weiss, y un funcionario de hacienda, jubilado, cuyo nombre no recuerdo, ambos disertos y amables.

Un joven vasco instalado desde muchos años antes en Munich, y relacionado con grupos de artistas, y que conocía mis aficiones, me introdujo en el barrio de Schwabing. Allí, cerca de tipos divertidos y despreocupados, se puso Regino al corriente de lo que le interesaba conocer en la vida de pintores, músicos y literatos. Fueron mi guía en visita a conciertos, museos y exposiciones; me descubrieron algún teatro de vanguardia, cuando ya la prensa me había encaminado a los mejores espectáculos líricos y dramáticos, don-

de escuché buena música y representaciones cuya calidad no hubiera podido siquiera imaginar. Entre las noticias de personas famosas que escuché en aquellas reuniones habré olvidado muchas impresionantes, y olvidado tenía, por ejemplo, el nombre de una figura casi legendaria, de una mujer singularísima, de quien no se cansaban de hablar mis contertulios, y a la cual he vuelto a descubrir leyendo, hace poco tiempo, su escueta y apasionante autobiografía, publicada por el heredero de sus papeles íntimos, así como también acabo de leer una biografía más detallada, escrita en inglés y traducida al alemán, y al castellano, por lo menos. Me refiero a Lou Andreas-Salomé, muerta en Gotinga en 1937.

Los domingos y fiestas, después de corretear calles, jardines y parques de la ciudad, los pasaba Regino en la campiña del contorno y, con predilección, en los lagos alpinos. Con menor asiduidad que a los círculos artísticos (y descuidando el cumplimiento de compromisos sociales, acaso porque la sangre azul me intimida) acudí al palacio de Nymphenburg, residencia de la alteza real doña Pilar de Borbón. Esta serenísima señora tuvo siempre abierta su mansión a los españoles, y trataba con cariño maternal a sus jóvenes compatriotas; era también acogedor miembro de aquella rama de los Wittelsbach, y digno de recuerdo, el príncipe Luis Fernando, esposo de la infanta, distinguido cirujano y apasionado violinista. Más apasionado que apto, si creyéramos lo que en los círculos musicales se murmuraba.

Pasadas las bulliciosas fiestas de octubre, me trasladé a Berlín, después de despedirme, con tristeza, de Munich y después de escuchar a la dueña de la casa que me alojaba (en calle desaparecida, inmediata a la Odeonplatz) decirme con lágrimas, al separarnos, «quiera Dios que traten bien al doctor los... prusianos»; y aquella enternecedora mujer bávara los calificaba con un adjetivo que el osado Regino no se atreve a repetir. Primera prueba recibida de que aún no había cuajado la efusión cordial entre Baviera y Prusia.

No podrá Regino, a la distancia que hoy se encuentra de aquellas impresiones alemanas, señalar, de las mayores, las primeras, ni saber dónde ni cuándo quedarían grabadas todas ellas en su memoria. Un dato minúsculo, desdeñable, casi podría fecharlo porque despertó su curiosidad y, luego, su sonrojo. ¿Qué explicación tiene, se preguntaba, después de haber visto sobre la acera de su calle, un día tras otro, y casi en el mismo sitio, al regresar de la universidad, o de la biblioteca, una tirita de papel blanco, residuo violador de la pulcritud de aquella calle muniquesa? Intrigado decidió, por fin, recogerlo y en aquella franja del *Heraldo de Madrid*, a que estaba suscrito, leería, con las señas de su albergue, su nombre. Al salir de casa y desplegar el periódico, recién llegado, era Regino el único transeúnte que dejaba caer sobre el pavimento la huella de su paso, cada día.

Según el refrán los viajes instruyen y acaso lo prueben estas ocurrencias. Avanzaba mi estancia en Berlín cuando tres comensales en una pensión de la que hablaré luego, si me quedara tiempo, hicieron un viaje dominical a Postdam, para mostrar a uno de ellos el palacete de Sans Souci y para que otro, estudiante de canto, avanzara en la emprendida identificación de cada una de las piezas de música interpretadas con su famosa flauta por Federico el Grande. El viajero novato era un simpático joven inglés de buena presencia, y de poderosa familia, recién llegado a Berlín, de paso a la India.